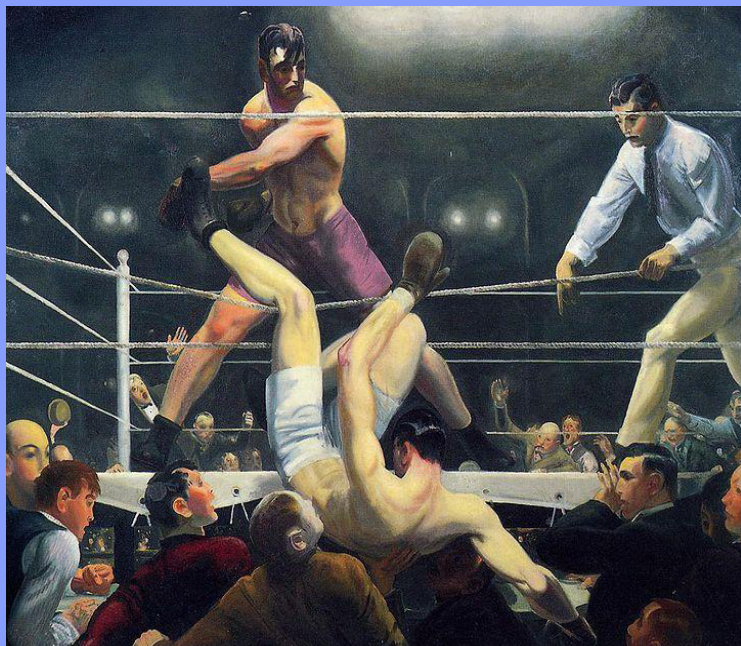


3/4

Pensar

epistemología, política y ciencias sociales



DOSSIER

- *Por una ciencia social desde el cuerpo* por Diego P. Roldán y Diego A. Mauro
- *Conexiones carnales: sobre corporización, aprendizaje y pertenencia* por Loïc Wacquant
- *Aprendiendo cómo hacer que la vida tenga swing* por Black Hawk Hancock
- *Apartheid íntimo. Dimensiones étnicas del habitus entre los heroinómanos sin techo* por Philippe Bourgois y Jeff Schonberg

FICHAS DE EPISTEMOLOGÍA Y POLÍTICA

- *Cultura y Porvenir: La hominización y su destitución, cuando la humanidad deshumaniza* por Sebastián Grimblat
- *La tarea intelectual 'artesanal': Epistemología y Cambio Social en Argentina* por Verónica L. López Tessore

ENTREVISTAS a Loïc Wacquant

SIMPOSIOS

- *Los Condenados de la ciudad de Loïc Wacquant*

Escriben: Pablo Lapegna-Fernanda Page, Diego P. Roldán, José A. Tranier, Celina Giménez-Lucio Piccoli

- *La Zona Gris de Javier Auyero*

Escriben: Hernán A. Uliana, Marcelo D'Amico, Diego A. Mauro, Javier Chapo-Cecilia M. Pascual. Responde: Javier Auyero

e-ditorial



Pensar

epistemología, política y ciencias sociales

Nros. 3/4

2008/2009

e-ditorial



**Centro Interdisciplinario
de
Estudios Sociales**

Universidad Nacional de Rosario

Revista Pensar. Epistemología, Política y Ciencias Sociales.
Publicación Editada por el Centro Interdisciplinario de Estudios Sociales (C.I.E.SO.)
Facultad de Humanidades y Arte – Universidad Nacional de Rosario en conjunto con UNR
Editora, Editorial de la Universidad Nacional de Rosario bajo su Colección Académica.

ISSN 1852-4702

N° 3/4 | 2008/2009

Dirección

Diego A. Mauro
Gustavo M. Cardozo

Editor

Diego P. Roldán

Consejo Editorial

Cecilia M. Pascual
María Liz Mansilla
Horacio M. Zapata
Leonardo Simonetta
Hernán A. Uliana
Jorge Morales Aimar

Consejo Consultivo

Marta Bonaudo (UNR, CONICET, Argentina), Carlos Iglesias (UNL, Argentina), Esther Díaz de Kóbila (UNR, Argentina), Darío Barrera (UNR, CONICET, Argentina), Marta Brovelli (UNR, Argentina), Luciano Alonso (UNL, Argentina), Daniel Pérez (Pontificia Universidade Católica de Paraná, Brasil), Sandra Fernández (UNR, CONICET, Argentina), Lida Miranda (UTDT, CONICET, Argentina), Ignacio Martínez (UNR, CONICET, Argentina).

Traducciones del Inglés

Virginia Rolle
Julieta Rinaldi
Melisa Laura Capiglioni
Fernanda Page

Traducción del portugués

Diego P. Roldán

Traducciones al inglés

Luciano Enjuto

Dossier

Por una ciencia social *desde* el cuerpo

Diego P. Roldán – Diego A. Mauro
Compiladores

Escriben:

Diego P. Roldán

Diego A. Mauro

Loïc Wacquant

Black Hawck Hancock

Philippe Bourgois

Jeff Schonberg

Apartheid íntimo

Dimensiones étnicas del habitus entre los heroinómanos sin techo

Philippe Bourgois* y Jeff Schonberg**

Resumen:

Durante diez años se llevaron a cabo en California observaciones participantes y sesiones de fotografía en un grupo multiétnico de personas sin techo, consumidoras de heroína y de crack. Estas investigaciones revelan la existencia de una jerarquización de las relaciones interpersonales entre afroamericanos, blancos y latinos a pesar de que todos tienen la misma dependencia física a la heroína y viven en los mismos campamentos, en medio de una pobreza indigente. Centramos nuestra atención en el estudio de las tensiones entre negros y blancos; y fue a partir de este enfoque que desarrollamos el concepto de “habitus étnico”. Este último ayuda a comprender cómo las divisiones basadas en el color de la piel se acentúan con la interacción diaria, produciendo un “apartheid íntimo” en un contexto de proximidad física e indigencia compartida. Para explorar este fenómeno, examinamos puntualmente cómo se generan dos de los componentes del “habitus étnico”. Uno se relaciona con las técnicas del cuerpo, en este caso la elección del modo de inyectarse la heroína, ya sea por vía intravenosa o bien por vía intramuscular o subcutánea. El otro, más directamente relacionado con presiones externas de poder, gira entorno a la adopción de distintas estrategias para conseguir dinero. Ambos componentes forman parte de una constelación más amplia de distinciones étnicas basadas en fuerzas políticas, económicas e ideológicas consolidadas históricamente. Comprender la génesis de las dimensiones étnicas del habitus nos permite reconocer cómo las relaciones de macro poder generan deseos y conductas personales que dejan marcas en los cuerpos de las personas, así como también en sus prácticas cotidianas. Muchos de los estadounidenses entienden la mayoría de estas distinciones como atributos naturales, genéticos y culturales, justificando así una jerarquía moral fundamentada en criterios raciales.

Palabras clave:

Estados Unidos – pobreza urbana – crack – abuso de sustancias – uso de drogas inyectables.

Abstract:

* Profesor de Antropología en la Universidad de California, en San Francisco. Conocido por los múltiples premios recibidos por su libro *In Search of Respect: Selling Crack in El Barrio* (Cambridge University Press), basado en la experiencia personal de residencia próxima a una casa en la que se vendía crack, en East Harlem, a fines de 1980. Desde noviembre de 1994 conduce observaciones-participantes junto al fotógrafo Jeff Schonberg, sobre consumidores de heroína y crack que no tiene techo y viven en San Francisco. Recientemente han publicado un trabajo foto-etnográfico titulado *Righteous Dopefiend* (California University Press, 2009). El Dr. Bourgois trabajó asimismo en Centroamérica, donde publicó *Ethnicity at Work: Divided Labor on a Central American Banana Plantation* (John Hopkins University Press), así como también cuatro volúmenes co-editados (éstos incluyen *Violence in War and Peace*, Blackwell) y más de noventa artículos acerca de conflictos étnicos, inmigración, problemas laborales, violencia política, HIV y chicos de la calle. Dirección: Department of Anthropology, History and Social Medicine, University of California, Box 0850, 3333 California Street, San Francisco CA 94143-0850, USA. [email: philippe.bourgois@ucsf.edu]

** Fotógrafo y etnógrafo, actualmente inscripto en el Programa de Doctorado en Antropología Médica en la Universidad de California, en San Francisco, y en Berkeley. Sus proyectos incluyen trabajos con pandillas y violencia dentro de la ciudad, niños de las calles, la economía de las drogas y la agitación en América del Sur. Actualmente, conduce el trabajo de campo entre los consumidores de heroína y crack que no tienen hogar en San Francisco y es co-autor con Philippe Bourgois de *Righteous Dopefiend* (California University Press). Dirección: Department of Anthropology, History and Social Medicine, University of California, Box 0850, 3333 California Street, San Francisco CA 94143-0850, USA. [email: jasphoto@pacbell.net]

Ten years of participant-observation fieldwork and photography among a multi-ethnic social network of homeless heroin injectors and crack smokers in California reveal hierarchical interpersonal relations between African Americans, whites and Latinos despite the fact that they all share a physical addiction to heroin and live in indigent poverty in the same encampments. Focusing on tensions between blacks and whites, we develop the concept of “ethnicized habitus” to understand how divisions drawn on the basis of skin color are enforced through everyday interaction to produce ‘intimate apartheid’ in the context of physical proximity and shared destitution. Specifically, we examine how two components of ethnic habitus are generated. One is a simple technique of the body, a preference for intravenous versus intramuscular or subcutaneous heroin injection. The second revolves around income-generation strategies and is more obviously related to external power constraints. Both these components fit into a larger constellation of ethnic distinction rooted in historically entrenched political, economic and ideological forces. An understanding of the generative forces of the ethnic dimensions of habitus allows us to recognize how macro-power relations produce intimate desires and ways of being that become inscribed on individual bodies and routinized in behavior. These distinctions are, for the most part, interpreted as natural attributes of genetics and culture by many people in the United States, justifying a racialized moral hierarchy.

Key Words:

United States – Urban Poverty – Crack – Substance Abuse – Injection Drug Use



© Jeff Schonberg.

A primera vista, las esquinas de las calles de San Francisco parecen una encrucijada de diversidad multicultural en tanto que es allí donde se congregan los heroinómanos que no tienen techo. Ciertamente, uno podría pensar que la adicción física y psicológica que lleva a los humanos al punto de la indigencia podría reducirlos, a su vez, a algún tipo de esencia común, o bien solidaria. Lo cierto es que durante los diez años de observación participante en una red social de

aproximadamente dos docenas de personas que viven en la calle, se inyectan heroína y además fuman crack y toman alcohol, descubrimos, sin embargo, que hay profundas divisiones a través de líneas étnicas interpretadas racialmente. El grupo estudiado está compuesto por mujeres y hombres de mediana edad que son afroamericanos, latinos, o blancos; éstos representan el mayor flujo demográfico de gente que vive en las calles y abusa de sustancias en los Estados Unidos. En 1960 cumplieron la mayoría de edad; en los 1970s. se convirtieron en adictos a la heroína; en los 1980s., en consumidores crónicos de heroína y en los 1990s., en fumadores de crack (Golub y Johnson, 2001). En San Francisco, esta población envejecida y de etnias diferentes que coexisten en las calles, se mezcla intensamente entre las líneas étnicas, al mismo tiempo que comparten y compiten por los mismos escasos recursos, especialmente por el espacio público, los ingresos y las drogas.

Los sociólogos y antropólogos que critican las estructuras racistas de las urbes en los Estados Unidos han inventado frases como “hipergueto” (Wacquant, 2002) y “apartheid de facto en el núcleo de la ciudad” (Bourgois, 2003) para expresar la magnitud del fenómeno de segregación a causa del color de piel —principalmente el negro frente al blanco, así como también moreno. Sin embargo, los adictos que no tienen un hogar, no están recluidos en barrios segregados en San Francisco. Por el contrario, generalmente operan en vías públicas muy transitadas e importantes o en terrenos baldíos desindustrializados y cercanos a vías férreas, intersecciones de autopistas y depósitos. No obstante, hemos estado observando diferencias muy importantes entre las conductas de las distintas líneas de color. Sus relaciones interpersonales, especialmente aquellas entre afroamericanos y blancos, suelen ser hostiles y algunas veces, hasta violentas. Diariamente, por ejemplo, se dirigen el uno al otro con epítetos racistas y dictámenes despectivos. Hemos desarrollado el término “apartheid íntimo” para expresar cómo una forma de segregación y conflicto, abrumadora, coactiva y arraigada históricamente, opera a nivel interpersonal en los Estados Unidos reforzando las diferencias raciales entre los adictos que sobreviven en las calles codo a codo, y que dependen física y/o psicológicamente de las mismas drogas. Nos basamos en el concepto de habitus (ver análisis del concepto por Wacquant, 2004) para entender la naturaleza abrumadora y coactiva de estas divisiones raciales que se manifiestan en las demarcaciones tajantes de “negritud” y “blancura” (y en menor medida, de “latino”), establecidas por quienes conviven en los campamentos. Entender estas divisiones como expresiones de habitus une las relaciones sociales y estructurales de poder con las conductas en la interacción individual para mostrar cómo las prácticas cotidianas y los estereotipos inconscientes de pensamiento generan y reproducen desigualdad social.

Técnicas del cuerpo

La importancia del racismo para la dominación simbólica en los Estados Unidos sugiere que las dimensiones étnicas del habitus han de ser verdaderamente significativas en dicho país. Ciertamente, es sorprendente que la relación entre habitus y etnicidad no haya sido aún explícitamente analizada allí. Las dimensiones étnicas del habitus que hemos estado observando etnográficamente se manifiestan en posturas corporales distintivas, prototipos de cicatrices, índices de infección por enfermedades, preferencias por cierto estilo de vestimenta, prácticas de higiene, elección y

administración de las drogas a consumir, relaciones con la sexualidad, estrategias para conseguir dinero, estructuras familiares y los tipos de relaciones interpersonales. Para explorar este fenómeno hemos elegido como ejemplos dos componentes étnicos del habitus que nos permitirán explicar en detalle lo concerniente a los afroamericanos y a los blancos adictos y sin techo. El primero se basa en el concepto de técnicas del cuerpo de Marcel Mauss (Mauss, 1936), el cual hace referencia a las formas de caminar y vestir así como también a las maneras inconscientes de mantener el cuerpo. Estas formas de corporización conllevan implicaciones de poder simbólico que tienden a ser naturalizadas como caracterológicas o como deficiencias o superioridades raciales/culturales (Bourdieu, 2000).

Las personas sin techo de nuestro estudio perciben estas distinciones visibles acerca de qué es lo que les importa y cómo disponen de su cuerpo según su grupo étnico. Hacen referencia a esto con expresiones racistas como: “los negros son como el crack” o viceversa, “lo blancos huelen mal”.



© Jeff Schonberg.

Si bien parece algo trivial y banal a primera vista, la técnica específica del cuerpo que estamos examinando consiste en cómo administrarse una droga. Tanto los afroamericanos como los blancos prefieren la inyección de heroína por vía intravenosa; esto se debe a la intensa sensación de placer que genera un depósito de droga directo en una vena. Las venas de ambos, no obstante, poseen numerosas cicatrices producto de las continuas aplicaciones de heroína. Los blancos aseveran que esta cantidad de cicatrices les hace virtualmente imposible hallar una vena en la cual inyectarse. Por consiguiente, normalmente se administran sus inyecciones en forma apresurada ya sea en grasa corporal o en tejido muscular; a veces esto es directamente a través de la ropa por lo que resultan especialmente vulnerables para contraer abscesos (Ciccarone et al., 2000).



© Jeff Schonberg.



© Jeff Schonberg.

Por el contrario, los afroamericanos ya mayores que consumen heroína generalmente se las ingenian para encontrar una vena. Algunas veces les toma cuarenta minutos o incluso más poder suministrársela. Minuciosamente buscan la vena; exploran repetidamente con sus nudillos, a veces buscando en partes peligrosas del cuerpo y/o dolorosas como es el caso de la yugular o entre los dedos del pie. Una vez terminadas estas sesiones, suelen tener sangre goteando de las múltiples punciones. Las jeringas utilizadas también tienen rastros de sangre visibles, por lo que se vuelven más vulnerables a la propagación de enfermedades venéreas como el HIV (Bourgois et al., 1997).



© Jeff Schonberg.

Estrategias para conseguir dinero

El segundo componente de habitus que hemos elegido analizar en detalle está evidentemente más vinculado con las relaciones materiales de poder y con el campo económico: los blancos y los afroamericanos se valen de distintas estrategias para generar sus ingresos. En resumen, los blancos ganan la mayor parte de sus ingresos mendigando en las rampas de acceso a las autopistas, en donde obtienen pequeñas contribuciones de quienes viajan a diario. Para ello, se valen de colgar carteles con inscripciones del tipo: “Ayuda por favor, Dios lo bendiga, Veterano de Vietnam, Trabajaré por comida”.



© Jeff Schonberg.

Desanimados, con los ojos mirando al piso, vestidos con harapos y llenos de cicatrices y costras visibles, los blancos provocan pena y/o asco cuando se precipitan por los “regalos” de cambio.



© Jeff Schonberg.

Éstos también suelen ser los trabajadores de media jornada que están en negro y siguen el método just in time de los dueños de pequeños comercios del vecindario que, por lo general, son árabes, latinos o blancos de ascendencia europea.



© Jeff Schonberg

Frecuentemente, son contratados por unas pocas horas al día para que lleven a cabo obras manuales discretas como son barrer la vereda, descargar camiones o abastecer con distintos productos las tiendas. Generalmente reciben pagos que están por debajo del mínimo establecido. Unos cuantos obtienen una buena proporción de sus ingresos a través del reciclado de latas y de buscar cosas en los contenedores de basura. La mayoría complementa sus hallazgos con robos oportunistas en los jardines traseros, en los depósitos y en los autos sin llave.



© Jeff Schonberg

Por el contrario, los afroamericanos de nuestra red rara vez cuelgan carteles o mendigan pasivamente. Cuando piden limosna, esta acción usualmente está acompañada por contacto visual y contacto verbal. Suelen ofrecer un servicio como es lavar parabrisas en una estación de servicio. En lugar de intentar provocar lástima en quienes transitan a través de una conducta pasiva, ellos prefieren el humor, el adular o, incluso, amenazar a los potenciales contribuidores exigiéndoles dinero. Cabe destacar que una gran proporción de sus ingresos es generada gracias al robo, especialmente de lugares en construcción, de depósitos y de baúles de autos.



© Jeff Schonberg

Los afroamericanos tienden a profesionalizarse y especializarse en lo que roban. Por ejemplo, tienen vigilado con anticipación su objetivo y a veces hasta se disfrazan como trabajadores de mantenimiento o como personal de delivery para poder acceder a las propiedades privadas pasando desapercibidos. Desarrollan relaciones a largo plazo con rateros profesionales que compran sus productos y con empresas privadas que les encargan robar ciertos objetos. También suelen reciclar y hurgar en los contenedores de basura, tal como lo hacen los blancos. Una forma eficaz de camuflar el transporte de valiosos objetos robados es llevarlos en un carro de supermercado lleno de latas reciclables y baratijas vulgares.

Rara vez los afroamericanos son empleados por jornada completa en los negocios locales. De hecho, éstos critican las relaciones que los blancos desarrollan con sus empleadores por considerarlas semejantes a la esclavitud. Consideran el trabajo just in time, las changas y el trabajo en negro, como degradantes y abusivos. Ciertamente, los adictos blancos suelen ser forzados a comportarse servilmente en frente de sus jefes para poder obtener unas pocas horas de trabajo legal. Más aún, los blancos se esfuerzan por convencer a los dueños de los pequeños negocios que los contratan de que ellos son la persona que están buscando, que vale la pena contratarlos. Incluso muestran gratitud por el favor de recibir un trabajo que paga por debajo del salario mínimo y que no les aporta ningún beneficio. Muchos de los encargados y dueños de

comercios pequeños que contratan blancos heroinómanos los manipulan al pagarles el precio de una dosis matutina mínima sólo a su adicto preferido. Esto le asegura al empleador que cada mañana este adicto en particular, impulsado por los inminentes síntomas de abstinencia, vendrá fielmente a golpear a la puerta de su negocio para preguntar: “¿Hay algún trabajo para mi hoy, jefe?”.

Las fuerzas generadoras del habitus

Si dejásemos en el mero nivel de la descripción nuestra etnografía sobre las prácticas distintivas de las etnias, la comprensión provista por el concepto de habitus y por el acto de focalizar en las técnicas del cuerpo no iría mucho más allá de la etnografía de un estereotipo. Una descripción simplemente fenomenológica de los efectos del habitus pone en riesgo materializar estereotipos en cuanto a la cultura. Lo cierto es que los mismos adictos hablan de las formas distintivas y visibles de inyectarse y de las estrategias que utilizan para conseguir dinero a través de un discurso moral y racista: “los negros son ladrones” es rebatido con “los blancos son unos arrastrados que no tienen respeto propio ni iniciativa”. Para poder abrir la caja negra del habitus y descifrar la esencia de la existencia de estos patrones en las interacciones diarias de los individuos, necesitamos ver las fuerzas generadoras de habitus. Para desnaturalizar las prácticas y formas de corporización claramente asociadas con la etnicidad, necesitamos relacionar el habitus con las estructuras de poder simbólico que le dan significado.



© Jeff Schonberg.



© Jeff Schonberg.

Es fácil identificar la importancia generadora de las estrategias étnicas distintivas ya descritas para conseguir dinero. Podría decirse que la esclavitud es un sedimento en la historia del habitus de muchos afroamericanos en los Estados Unidos. Las consecuencias estructurales en curso de la esclavitud en la localización regional y en la distribución de las clases en la sociedad contemporánea, son extremadamente complejas. Los efectos de la esclavitud han sido mediados por muchas generaciones en ascenso social –e incluso en descenso– así como también por patrones identificables de migraciones rurales-urbanas, pero continúan, asimismo, afectando en gran medida a las vidas de los descendientes de esclavos. Más importante aún son las diferentes formas de racismo institucionalizado –aparceros ligados por contrato que deben cumplir las leyes de Jim Crow, trabajos industriales guetizados, encarcelamientos masivos e hiperguetos– que han reemplazado, suplantado, reforzado y refutado la “peculiar institución” de la esclavitud durante la democracia y el capitalismo industrial. Este cambio, característico en los Estados Unidos, ayuda a explicar la virulencia de la forma contemporánea de racismo (ver análisis de Wacquant, 2005). El recuerdo de la esclavitud guarda una inmensa importancia simbólica en los Estados Unidos. La institución es evocada en formas íntimas y dolorosas de jerga cotidiana que engendran emociones entre los blancos y los negros. Por ejemplo, el artículo en la primera plana del New York Times (por Amy Harmon, 2005) acerca de la nueva tecnología en pruebas genéticas destacó la satisfacción de una mujer afroamericana con “piel clara” que quería probar a sus amigos que “se ve más blanco en el color, pero debajo, soy las más profunda África”, para contrarrestar sus insinuaciones despectivas acerca de que su “color altamente amarillento” es una evidencia “...del legado de un esclavista que... “fue abajo, a esa cabina, y tuvo lo que quería” con su tata-tata-abuela”.

Concretamente, el recuerdo de la esclavitud como sedimento de la historia se manifiesta en las maneras en que los afroamericanos adictos, desempleados y que están en las calles experimentan la humillación por las relaciones de subordinación

patrón-cliente que los dueños de empresas imponen en los jornaleros. Los blancos sin hogar no se identifican con el mismo sentimiento de ira e insulto para con las manos de sus empleadores generalmente abusivos de tiempo parcial. Los afroamericanos están sumamente atentos a cualquier expresión racista explícita o incluso inadvertida por los empresarios. Su manifiesta resistencia a la explotación, al racismo y a la humillación también tiene sus raíces en la experiencia histórica de migración de los afroamericanos a San Francisco. Todos los afroamericanos de nuestra muestra (y la mayoría de los de mediana edad en San Francisco) son la primera generación nacida de inmigrantes rurales del este, de Texas y de Louisiana –una región con uno de los índices más altos de linchamiento per-capita en el Profundo Sur de Estados Unidos durante las décadas de 1910 y 1920– (Beck y Tolnay, 1990; Broussard, 1993). Se estaban escapando del racismo violento, del trabajo en las plantaciones, o de las deudas con los arrendatarios cuando vinieron a trabajar a San Francisco durante la Segunda Guerra Mundial. Todos los padres de los afroamericanos de nuestra muestra y algunos de los que se inyectaban en su juventud eran trabajadores industriales sindicalizados que trabajaban en astilleros, en muelles o en fábricas de acero. No obstante, la economía industrial fordista ha sido ampliamente aniquilada en los Estados Unidos. Si bien estos trabajos han desaparecido con la reestructuración de la economía global, el recuerdo y la conciencia de resistencia sindical a la explotación permanecen en la segunda generación, quienes encuentran especialmente nocivo el tener que volver a entrar en una relación laboral de subordinación a principios del siglo XXI.

Muchos de los blancos también son la segunda generación de descendientes de inmigrantes rurales de entornos empobrecidos pero, a diferencia de los afroamericanos, no tienen un vivo recuerdo de esa inmigración y no mantienen ninguna relación con las comunidades originarias de sus padres y abuelos. Más importante aún, los padres de los adictos blancos tendían a ser miembros precarios de la baja burguesía con iniciativa empresarial (dueños de bares, pintores de carteles, contratistas de fundidoras), o lumpenes (poetas bohemios). Muchos de los blancos trabajaban desde pequeños para sus padres. Con respecto a las clases, tanto los afroamericanos como los blancos han descendido en la escala social y, técnicamente, ambos han llegado a ser lumpenes; no obstante, ambos tienen diferentes relaciones respecto de las concepciones de explotación y distinta tolerancia a la subordinación en las humillantes relaciones laborales entre patrón-cliente. En otras palabras, el legado de esclavitud y la destrucción del mercado laboral industrial sindicalizado, exacerbado por la activa experiencia de racismo en los Estados Unidos, ayudan a explicar por qué los negros rechazan trabajos degradantes y relaciones de sumisión con los empleadores.

Apartheid de facto en el lugar de trabajo y prácticas íntimas

Los afroamericanos, al igual que los blancos y los latinos, también consiguen a veces trabajos en negro por jornada completa. Cuando esto ocurre, los ya mencionados sedimentos de la historia y de la economía política contemporánea se expresan en prácticas individuales diarias de resistencia a la explotación y a la falta de respeto típicamente racista. Por supuesto, esto no se entiende como una herencia estructural de relaciones históricas y contemporáneas de poder racista o fuerzas económico-políticas en la interacción cotidiana que se desarrolla en el lugar de trabajo. Por el

contrario, la oposición afroamericana en el trabajo es interpretada, por lo general, en términos morales como un defecto en el carácter o como un rasgo genético/cultural esencial. Un ejemplo en nuestras notas de campo ilustra cómo las dimensiones estructurales de poder no son reconocidas en la lógica de la práctica por todos los actores; esto es, quienes se benefician y quienes sufren:

Anotaciones de Jeff de diciembre de 1998

Empiezo a sacar fotos de Carter apilando árboles de navidad en la parte de atrás del lote. Es el único afroamericano en esta desolada escena que ha sido contratado. Creo que se corresponde con la mejora de las economías “puntocom” del Área de la Bahía. Carter llama a sus otros compañeros –ninguno es afroamericano– que están en el frente del lote para que vengan hacia el fondo y posen para una foto grupal. Lo ignoran. Llama unas cuantas veces más, prácticamente suplicándoles que vengan.

Un poco avergonzado por él, continúo sacando fotos y luego camino al frente del lote donde Félix, uno de los latinos que vive en la calle y suele compartir el consumo de heroína y crack con Carter, me susurra: “El jefe despidió a Carter ayer”. Félix explica que Carter se fue en su recreo para el almuerzo y que no volvió sino hasta una hora antes del horario de cierre a las 6 p.m., y trató de hacer de cuentas que simplemente estaba volviendo de un recreo de 15 minutos. El jefe lo agarró y lo despidió.



© Jeff Schonberg.

Esta mañana Carter le suplicó que le devolviera su trabajo y el jefe le hizo admitir en frente de todos los demás trabajadores:

[Félix imitando el tartamudear de Carter cuando está nervioso]
“Yo...yo...creo...creo que en realidad me tomé un recreo de cinco horas ayer”.

[Félix imitando al jefe] “Ahí me gusta más.”

Luego, el encargado del lote de árboles navideños aceptó recontractar a Carter, pero bajo la condición de “trabajo castigo”. Por eso está solo en la parte de atrás del lote haciendo bases para los árboles. No se le permite ir al frente del lote donde los demás trabajadores interactúan con los clientes y se ganan sus propinas por las ventas.

Mientras Félix me dice todo esto, el jefe camina hacia nosotros, me pregunta si quiero comprar un árbol. Cuando le explico que sólo estoy visitando a Félix me responde. “Disculpe, pero debe irse. Tengo que mantener a Félix trabajando antes de que lo pierda.”

Desde la perspectiva de todos –incluso la de Carter– no hay ningún motivo racial por el cual el único afroamericano de nuestra red que obtuvo un trabajo en el lote de árboles navideños tuviera que ser relegado al trabajo castigo en el fondo. Objetivamente, él es un pésimo trabajador que no obedece las órdenes con disciplina. Carter no es fácil de explotar ya que él también, al igual que la mayoría de los afroamericanos, se opone a esta condición. Esta dinámica es ilustrada por la conversación que Philippe tuvo con Carter tres horas más tarde, después de que Jeff lo fotografió durante el trabajo castigo parado mirando hacia la licorería de la esquina de enfrente en donde Carter tomaba ahora otro extenso descanso improvisado. La conversación revela los hábitos de los estafadores afroamericanos así como también de los etnógrafos blancos de clase media. Philippe estaba entusiasmado por el hecho de que Carter estuviese trabajando legalmente y deseoso de brindarle apoyo moral para motivarlo a que continúe así. Como Philippe estaba nervioso ante la posibilidad de que Carter quisiese dejar su trabajo, con gran entusiasmo llevó la conversación hacia el tema de ganar propinas ya que pensó que la habilidad de ganarlas, dentro de la legalidad, coincidía con la satisfacción que experimenta un delincuente al haber hecho algo acorde a la ilegalidad. Philippe quiso que Carter valorara el hecho de ganar dinero legalmente. Irónicamente, Philippe no se dio cuenta en ese momento de que Carter estaba en trabajo castigo y por consiguiente, estaba desconcertado ante la aversión que Carter demostraba hacia su trabajo legal. Este último, por su parte, disimuló la vergüenza que le producía el no poder interactuar con el público y ganar propinas, criticando la explotación y celebrando la bravuconería masculina; si bien al mismo tiempo anhelaba un trabajo estable y decentemente remunerado:

Philippe: ¿Qué pasa Carter? ¿Estás en un recreo?

Carter: No. Me tomé uno porque los vi desde el otro lado de la calle.
[Dirigiéndose a Phillip y a Jeff]

Philippe: [nervioso] ¿Te meto en problemas? Tenés que volver rápido al trabajo.

Carter: Loco, ¿sabés qué? ¡Que se vayan a la mierda! ¿Qué me van a hacer, mandarme a casa? Me chupa un huevo. Que me paguen y me voy.

Philippe: Bueno, si no vas a volver, por lo menos caminemos hasta la vuelta de la esquina así tu jefe no te ve. No quiero que te echen.

[Caminando hacia el callejón de atrás] ¿Son buenas las propinas ahí? ¿No estás ganando buena plata con los árboles?

Carter: Eh, sí, bien... eh...eh...eh, quiero decir, sí, bien...eh, tampoco tanto.

A lo que voy, ¡la ley de los promedios y las oportunidades son una mierda ahí! (señalando desde el callejón). Si me arriesgo y robo, me va mejor que allá (señalando en la dirección del lote de árboles de navidad) Pasa que este laburo es estable y me tiene lejos de los problemas. Es eh...me pagan por hora y yo sé que es guita asegurada.

Philippe: ¿Y no es lindo tener un ingreso fijo?

Carter: Si...[imitando la voz de un blanco] si...si...[nos reímos]

Philippe: Pero Carter, en serio, ¿no es un alivio no tener que estar contando las monedas todo el tiempo? Me refiero a que ¿robar no te daba mucha más incertidumbre?

Carter: [Pausa larga, y después en forma pensativa] Me... ¡me motiva! Sí, me motiva, Phillippe. Quiero decir, el trabajar ahí verdaderamente [frunciendo el ceño mientras mira en dirección al lote] me aburre. A menos que corra hacia un pichón que quiera comprar un árbol, esto y lo otro. Sino, me aburro.

Philippe: Explicame la diferencia entre trabajar legalmente y robar bien.

Carter: ¡Impuestos! [Riéndose] Los putos impuestos. [Riéndose enérgicamente] No se. ¡La puta madre! ¿Qué mierda me estás preguntando Phillippe? ¡Yo soy el que está más abajo en la pirámide! Vos sos el profesor que trabaja legalmente.

Philippe: Bueno, ¿trabajar es aburrido para vos?

Carter: No. No es aburrido laburar, está bien, pero si yo tuviese un puto plan dental, paquetes de beneficios, cooperativas de crédito, y todo eso... ningún hijo de puta podría sacarme de mi laburo. Estaría trabajando 24 horas los 7 días de la semana con todas las horas extras que pudiera tener.

Un laburo como éste [señalando en la dirección de lote de árboles de navidad] me va a durar sólo un mes, pero estoy tratando de enganchar todo lo que pueda. Quiero juntar lo suficiente como para pagar un programa de metadona.¹

Philippe: ¿Por qué no podés ahorrar lo suficiente cuando hacés un robo importante?

Carter: Depende del robo. Tenés que volver atrás a hacer lo que hacías para sobrevivir hasta que llega el momento justo para hacerlo.

¹ NT: Opioide sintético desarrollado en Alemania desde 1937, actualmente se utiliza en programas de desintoxicación de los dependientes de opiáceos como la heroína.

Si la gente se hacía cargo de vos hasta ese momento, obviamente tenés que hacerte cargo de ellos, ¿no? Y después te hacés cargo de cualquier otra cosa que te quedó y, claro, te mantenés hasta que te sale algo más.

Pero yo tengo una deuda en este momento. Tengo una deuda cada mañana. ¡Es una mierda! Me despierto y empiezo a esnifar –adicto a los estupefacientes. ¡Tengo una deuda!

A pesar de que Carter bromea, él hizo el intento concreto de lograr estabilidad mediante un trabajo legal. Incluso le dio a Jeff US\$ 60 de su cheque para que se los tuviera ya que éstos serían la cuota inicial de un programa de tratamiento de drogas basado en la metadona:

Carter: Voy a tratar de encaminarme otra vez. US\$ 60 es un gramo. ¿Ves? Hablo en serio. Te juro. Esta vez voy a intentar, ahora tengo la oportunidad de hacerlo. La metadona va a hacer que evite comprar estupefacientes y que me tome recreos todos los días para ponerme mejor.

Así me puedo concentrar en estar limpio; en ir y sacar una licencia de conducir; en enganchar un laburo que implique manejar; y hacerme la prueba de drogas y estar limpio.

Carter mostró seriedad en cuanto a intentar librarse de su vida de delincuente y querer convertirse en un trabajador legal. Tal es así que se quedó con su trabajo en el lote hasta el fin de las vacaciones navideñas, si bien nunca salió del trabajo castigo y no se le permitió ganar propinas. Sin embargo, nunca llegó a asistir al programa de tratamiento de drogas porque estuvo un mes en la lista de espera, y para cuando lo eligieron su trabajo ya había terminado. Ya no tuvo más la motivación de dejar la heroína, ni el ingreso estable para pagar este tratamiento tan beneficioso. Las fuerzas estructurales –la inadecuación de los programas de tratamiento del sector público y la inestabilidad de los trabajos como jornalero– conspiraron para cambiarle el rumbo y llevarlo hacia la delincuencia de su habitus.

El dueño del lote de árboles navideños, quien ahuyentó a Jeff por distraer a Félix, puede no haber demostrado la misma tolerancia hacia Carter pero no era explícitamente un racista. Él simplemente contrataba, premiaba o castigaba a sus empleados valiéndose de su rendimiento y de las fuerzas del mercado. Significativamente, algunos de los afroamericanos propietarios de viviendas en el barrio también preferían contratar blancos o latinos, antes que afroamericanos, que no tienen hogar y que son adictos a las drogas para que hagan changas como limpiar sus patios o pintar sus casas. El dueño del lote de árboles navideños se sentiría ofendido si se lo acusara de discriminar y humillar a los afroamericanos a través de las prácticas de su gerencia. Llegaría incluso a argumentar que es anti-racista porque, en los años subsiguientes, demostró una preocupación genuina por la discriminación positiva al contratar un gerente afroamericano que reclutase una mayor cantidad de personal negro para la temporada. No obstante, las buenas intenciones no alteran sustancialmente las relaciones de poder porque, tal como sugiere el concepto de habitus, la base en curso para las desigualdades no es conciente. El resultado de la lógica de las prácticas emerge de la conjugación de distintos habitus en cualquier

grupo de campos de poder. Ellos imponen “...la inercia extraordinaria que resulta de la inscripción de estructuras sociales en los cuerpos” (Bourdieu 2000).

A diferencia del dueño del lote, la mayoría de los propietarios de pequeños negocios en el barrio que emplearon trabajadores en negro sin residencia eran concientemente racistas. Sus interacciones con los afroamericanos en particular, solían ser hostiles adrede. Por ejemplo, un libanés dueño de un negocio en una esquina del vecindario, quedó shockeado por cómo los afroamericanos lumpen y, más ampliamente, los que no tienen un hogar son tratados por sus colegas:

Yo no soy como los demás encargados. Siempre que tengo la opción de elegir a quién contratar, contrato al negro porque siento que son discriminados. Le racisme est le fléaux de l’Amerique (El racismo es el flagelo de América). ¡La falta de hogar también! Darle pequeñas sumas de dinero a quienes no tienen un techo es algo normal; cosa que los estadounidenses no hacen. En el Medio Oriente nunca hay gente que no tenga dónde dormir porque aunque sea se los deja estar en el vestíbulo de tu edificio. Acá en cambio, la gente no los tolera. Y si encima son negros, ¡olvídalo!

El racismo activo por parte de la población en general inhibe otras formas no criminales de generar dinero para los afroamericanos, como es mendigar. Ellos no provocan tanta lástima en la gente como lo hacen los blancos. Incluso los de mayor edad y de aspecto más débil parecen inspirar desconfianza y miedo en gran parte de la gente, mientras que los blancos que también están en las calles reciben contribuciones en monedas. La policía, por su parte, somete a los afroamericanos a la ejecución más rigurosa de las leyes en contra del vagabundeo y el pedido agresivo de limosna. En consecuencia, los afroamericanos ni siquiera queriéndolo tienen la opción de generar un ingreso tan significativo a partir de mendigar pasivamente como sí lo tienen los blancos. Sin embargo, los negros no atribuyen su rechazo a mendigar al racismo o al hecho de que obtendrían un resultado pobre; sino que dicen no tener la predisposición personal para hacerlo. Consideran que mendigar es algo “vergonzoso” o “aburrido”, que simplemente no está en la naturaleza de su personalidad, en su crianza y menos aún, en el sentido propio de la dignidad: “Yo nunca, pero nunca pude hacerlo. Es demasiado... “anti-yo”. Es simplemente que no me crié haciendo ese tipo de cosas-mendigar”.



© Jeff Schonberg.

Los blancos tampoco disfrutan de mendigar; la mayoría se avergüenza de ello. Aún así, es una forma eficaz y de bajo riesgo para poder sustentar sus hábitos de consumo de drogas. Prácticamente todos sacan una significativa porción de sus ingresos mendigando. Además, su forma pasiva y desmoralizada de mendigar redujo sus arrestos potenciales y el acoso policial.



© Jeff Schonberg.

Parentesco y socialización durante la infancia

Las experiencias infantiles y familiares son otro aspecto crucial en la generación de habitus. La educación recibida durante la infancia acecha a los individuos incluso cuando sus vidas se desarrollaron y cambiaron sobremanera. A pesar de haber crecido en los mismos barrios que los blancos, todos los afroamericanos pasaron partes fundamentales de su adolescencia en correccionales juveniles por peleas pandilleras antes de que comenzaran a usar drogas. En cambio, la mayoría de los blancos no pertenecía a ninguna pandilla de adolescentes. Comenzaron su trayectoria en la cárcel a los 20 años, unos pocos años después de que empezaron a consumir heroína a diario y a cometer crímenes para poder sustentar sus malos hábitos. El estar en una pandilla en las comunidades de la clase trabajadora y de los lumpen, suele ser una forma para que los adolescentes se impongan y sientan que pueden experimentar la satisfacción de haber hecho algo por sí mismos en un contexto de marginalización (Bourgois, 1997; Virgil, 2002). No es de sorprender, entonces, que los afroamericanos una vez adultos se identifiquen como delincuentes con orgullo. También reciben el respeto de los jóvenes en las calles por ser lo que en la jerga se conoce como “OGs” (de sus siglas en inglés por Original Gangsters, pandilleros originales). En otras palabras, ser un delincuente puede resultar una construcción de masculinidad gratificante para los afroamericanos. Incluso, a pesar de haber sido echados de sus casas natales por robar, generalmente siguen en contacto con sus parientes, a quienes visitan por unos cuantos días durante las vacaciones y las reuniones familiares. Se saben de memoria el número de teléfono de sus madres y los nombres de los barrios en donde viven sus hijos. De hecho, ocasionalmente visitan a sus hijos en las calles ya que hay un cierto grado de tolerancia y entendimiento entre los familiares, quienes aceptan su condición de lumpen y adicción a la indigencia.



© Jeff Schonberg.

En contraposición, los blancos son verdaderos marginados en sus familias y parias de la clase trabajadora de la cual surgieron. Este destierro los avergüenza. Por lo general no conocen la ciudad donde reside su madre, padre y ni siquiera la de sus hijos. No hay lugar para los “OG” blancos en el mundo de los lumpen y tampoco en las familias blancas de clase trabajadora. Los estereotipos que siguen los lumpen blancos son: ciclistas tatuados, con pelo de color gris, cola de caballo, y una panza protuberante; o veteranos de Vietnam que sufren del Síndrome de Stress Post-Traumático; ambos, más patéticos que dignos.

No es sorprendente, entonces, que se sientan como fracasos en lugar de delincuentes respetables y eficaces.



© Jeff Schonberg.

Éxtasis versus depresión

Muchas de las fuerzas generadoras que afectan las estrategias para conseguir dinero explican también por qué los afroamericanos y los blancos se administran la heroína de formas diferentes.



© Jeff Schonberg.

Quienes consumen heroína obtienen un excitante brote de placer cuando se inyectan por vía intravenosa. Esta forma de buscar placer en el momento de estar drogado tiene que ser entendido como parte de las disposiciones naturales que expresan y forman su identidad.



© Jeff Schonberg.

Los marginados que visten harapos y sobreviven gracias a la actividad penosa de mendigar y a los trabajos de tiempo parcial que son humillantes y explotadores, no consideran su estado como algo divertido sino todo lo contrario. Encorvan los hombros, miran al suelo con desaliento, no se bañan y ya ni se preocupan por conseguir un brote de placer excitante cuando se inyectan. Alguien que se siente un fracaso va a vivir el consumo de drogas de forma diferente. Renunciar a conseguir ese placer por la inyección vía intravenosa concuerda con la constelación de disposiciones y técnicas del cuerpo que caracterizan a los blancos: visten harapos, son malolientes, desanimados, renguean con bastones y, generalmente, beben tanto que llegan a un estado de estupor antes del fin del día. Muchos de los blancos alegan que ya no disfrutaban de sus momentos de éxtasis. Asienten con la cabeza después de que se inyectan, pero lo hacen discretamente como si dormitasen en lugar de proliferar fuertes gritos de placer o de poner sus cuerpos en una pose sumamente relajada como hacen los afroamericanos.



© Jeff Schonberg.

Estos últimos se consideran delincuentes triunfadores, resistentes y eficaces, que perseveran en buscar el mayor placer posible. Esto es consistente con sus prácticas corporales íntimas, como son el compromiso de permanecer bien vestidos, de bañarse, de caminar enérgicamente con los hombros derechos y de mantener la mirada fija en su objetivo. También esta forma de ser se corresponde con el mantener una red social gruesa y dinámica que incluya la familia extensa, los amigos y los conocidos (algunos de ellos travestidos) en la calle.



© Jeff Schonberg.

Habitus, cultura y desigualdad social

Estas diferencias entre afroamericanos y blancos no son rasgos meramente culturales y perdurables. Si perdemos de vista las fuerzas generadoras en el crisol de las relaciones de poder simbólico que producen repertorios culturales, el objetivo crítico y analítico del concepto de habitus se disipa.

En este caso, un análisis detallado de las dimensiones étnicas del habitus de quienes no tienen techo en San Francisco nos ha permitido desarrollar un concepto al que llamamos apartheid íntimo. Éste nos ayuda a comprender la producción y el mantenimiento de las barreras tajantes entre individuos de diferentes etnias, que de otra manera sobreviven juntos en una cercanía generada a partir de la dependencia física común a las mismas drogas. De hecho, los afroamericanos y los blancos frecuentemente duermen, se inyectan, fuman y beben codo a codo en los mismos campamentos aunque se mantienen en mundos separados. Los adictos, marginados por la burguesía y la clase trabajadora, están involucrados en el campo de poder aún más extenso del racismo en Estados Unidos —especialmente esas dimensiones que están dinamizadas por la obsesión estadounidense con el fenotipo.

Las diferencias culturales y los estilos étnicos son expresiones de diversidad creativa en un nivel entre los sin techo de Edgewater y la cultura popular más ampliamente. Dichos estilos étnicos pueden ser interpretados como una dinámica de resistencia a la subordinación o como una aseveración de dignidad y respeto propio. Pero estos símbolos étnicos también acarrearán una valencia de poder con implicaciones

devastadoras para los socialmente vulnerables. Los llamados componentes étnicos del habitus se expresan como prácticas diarias, emociones y creencias que refuerzan las jerarquías sociales y limitan las elecciones de vida, al encasillar categorías enteras de personas en patrones de sufrimiento estructurados socialmente. Los componentes étnicos del habitus, consecuentemente, se transforman en una dimensión integral de la violencia simbólica que legitima y administra las jerarquías sociales en los Estados Unidos, donde el popular sentido común entiende la subordinación como justificable por el valor moral de las esencias raciales. Al mismo tiempo, escribir y fotografiar habitus que siguen un patrón étnico pone en riesgo el hecho de materializar el mismo estereotipo de racismo que estamos criticando (Schonberg y Bourgois 2002). El concepto de apartheid íntimo se basa en el análisis de los componentes étnicos del habitus. Éste es útil para llamar la atención sobre la génesis coactiva, involuntaria y violenta de las diferencias culturales en el nivel individual en los Estados Unidos. En las calles el apartheid íntimo opera en un nivel capilar, manifestándose en las prácticas devastadoras que estimulan disparidades étnicas exageradas en el macro-nivel. Por ejemplo, a principios del 2000, los hombres afroamericanos tuvieron tasas de asesinatos seis veces más altas que las de los blancos; las de encarcelamiento eran casi siete veces más altas; más del doble los desempleados; y aproximadamente siete veces más los potenciales infectados con HIV (Parker y Pruitt, 2004; Oficina de Estadísticas de Justicia –BJS–, 2004, 2005; Petit y Western, 2004; Centros para el Control y Prevención de Enfermedades, 2005). La mayoría de los estadounidenses están convencidos de que las conductas que impulsan estas disparidades étnicas encuentran su causa en las fallas en la moral individual que descienden de defectos en el carácter y/o la cultura y el genotipo. Tratan las jerarquías étnicas como un hecho racial natural que refleja la deserción de la gente. No pueden ver las fuerzas estructurales e ideológicas alrededor del racismo ya que en las interacciones cotidianas los individuos –y más importante todavía, las categorías de individuos definidas por el color de su piel– se confirman a sí mismos y a los demás que merecen su destino. Entender los componentes del habitus y la coerción invisible e inconsciente del apartheid íntimo desenreda la violencia simbólica que culpa a las víctimas y esconde el poder. Identifica el brutal juego de fuerzas estructurales que se expresan a sí mismas en las conductas de todos los días.

Agradecimientos:

La investigación de este artículo se basó en los registros de los National Institutes of Health (NIH), más específicamente registro DA10164. La información comparativa y del contexto fue provista también por el NIH, registros MH64388, MH78743, DA016265, DA017389; y por la Russell Sage Foundation 87-03-04, Wenner Gren Trustee Program, National Endowment for the Humanities (NEH) RA20229 (a través del Institute for Advanced Study de Princeton). Agradecemos a aquellos que participaron de nuestro estudio, por autorizarnos a documentar sus vidas. Las detalladas ediciones y reestructuraciones de nuestro argumento efectuadas por Laurie Hart fueron de suma utilidad. Loïc Wacquant aclaró el título del artículo justo a tiempo. Ann Magruder, Emiliano Bourgois-Chacón, Xarene Eskander, y sobretodo Fernando Montero Castrillo nos ayudaron con el tipeado y las ediciones finales.

Referencias

- BECK, E. y S. Tolnay (1990) "The Killing Fields of the Deep South: The Market for Cotton and the Lynching of Blacks, 1882-1930" en: *American Sociological Review*, N° 55, pp. 526-539.
- BOURDIEU, P. (2000) *Pascalian Meditations*. Stanford, CA: Stanford University Press. [*Meditaciones Pascalianas*, Anagrama, Barcelona, 1999.]
- BOURGOIS, P. (1997) "Overachievement in the Underground Economy: The Life Story of a Puerto Rican Stick-up Artist in East Harlem" en: *Free Inquiry for Creative Sociology*, V. 25, N° 1, pp. 23-32.
- BOURGOIS, P. (2003) *In Search of Respect: Selling Crack in El Barrio*, Nueva York, Cambridge University Press.
- BOURGOIS, P., M. Lettiere y J. Quesada (1997) "Social Misery and the Sanctions of Substance Abuse: Confronting HIV Risk among Homeless Heroin Addicts in San Francisco" en: *Social Problems* V. 44, N° 2, pp. 155-173.
- BROUSSARD, A. (1993) *Black San Francisco: The Struggle for Racial Equality in the West, 1900-1954*, Lawrence, University Press of Kansas.
- OFICINA DE ESTADÍSTICAS DE JUSTICIA (2004) "Homicide Trends in the U.S.: Trends by Race" Departamento de Justicia de los E.E.U.U, documento electrónico disponible en: [<http://www.ojp.usdoj.gov/bjs/homicide/race.htm>], consulta 11 de agosto 2005.
- OFICINA DE ESTADÍSTICAS DE JUSTICIA (2005) "Prison Statistics: Summary Findings on June 30, 2004", Departamento de Justicia de los E.E.U.U, documento electrónico disponible en: [<http://www.ojp.usdoj.gov/bjs/prisons.htm>], consulta 11 de agosto 2005.
- CENTROS PARA EL CONTROL Y PREVENCIÓN DE ENFERMEDADES (2005) "HIV/AIDS among African Americans", Centro para el Control y la Prevención de Enfermedades, documento electrónico disponible en: [<http://www.cdc.gov/hiv/pubs/Facts/afam.htm>], consulta 3 de agosto de 2005.
- CICCARONE, D., P. Bourgois, E.L. Murphy, A. Kral, K.H. Seal, J.D. Moore and B. Edlin (2000) "Risk Factors for Abscesses in Injectors of "Black Tar" Heroin: A Cross-Methodological Approach" en: *128th APHA Annual Meeting*, Boston, MA.
- GOLUB, A. y B.D. JOHNSON (2001) "Variation in Youthful Risks of Progression from Alcohol and Tobacco to Marijuana and to Hard Drugs across Generations" en: *American Journal of Public Health*, V. 91, N°2, pp. 225-232.
- HARMON, A. (2005) "Blacks Pin Hope on DNA to Fill Slavery's Gaps in Family Trees", *The New York Times*, 25 de julio, p. 1.
- MAUSS, M. (1936) "Les Techniques du Corps" en: *Journal de Psychologie*, V. 32, N° 3-4, pp. 365-386. ["Técnicas y movimientos corporales", en MAUSS, Marcel *Sociología y Antropología*, Técno, Madrid, 1991.]
- PARKER, Karen F. y M.V. Pruitt (2000) "Poverty, Poverty Concentration, and Homicide" en: *Social Science Quarterly*, V. 81, N° 2, pp. 555-570.
- PETTIT, B. y B. Western (2004) "Mass Imprisonment and the Life Course: Race and Class Inequality in U.S. Incarceration" en: *American Sociological Review*, V. 69, N°2, pp. 151-169.
- SCHONBERG, J. and P. Bourgois (2002) "The Politics of Photographic Aesthetics: Critically Documenting the HIV Epidemic among Heroin Injectors in Russia and the United States" en: *International Journal of Drug Policy*, N° 13, pp. 387-392.
- VIGIL, J.D. (2002) *Rainbow of Gangs: Street Cultures in the Mega-City*, Austin, University of Texas Press.
- WACQUANT, L. (2002) "From Slavery to Mass Incarceration: Rethinking the 'Race Question' in the US" en: *New Left Review*, V. 13, pp. 41-60.
- WACQUANT, L. (2004) "Habitús", en Zafirovski, M. (ed.) *International Encyclopedia of Economic Sociology*, London, Routledge, pp. 315-319.
- WACQUANT, L. (2005) "Race as Civic Felony" en: *International Social Science Journal* N° 183, pp. 127-142.

² e-mail: pikyrolle@hotmail.com